

MOSEN MIGUEL

Soy hijo de la emigración. Cuando tenía cinco años mi padre, obligado por la necesidad, trasladó a toda la familia desde nuestro pueblo en Extremadura a una ciudad catalana. De aquel tiempo y lugar todavía puedo acordarme de la casita con corral, donde vivíamos, y el sol mañanero dándonos a mi hermano pequeño y a mí, mientras nos comíamos una tostada sentados en el umbral y saludando a la gente que pasaba por la calle. Es ya la única imagen que me queda de mis primeros años de vida.

Fue dura nuestra adaptación al medio donde llegamos, habiendo perdido el paraíso. Pero para los humildes el incentivo de un futuro mejor es combustible para la supervivencia. Mi padre encontró trabajo en una fábrica, y conseguimos un piso de la Obra Sindical del Hogar en un barrio de nueva creación en el extrarradio. Allí nacieron mis otros dos hermanos y allí murió poco después mi abuela Ana, seguramente de pena, que había venido con nosotros. Cincuenta metros cuadrados, tres minúsculas habitaciones, cocina y baño fueron nuestro hogar durante más de veinte años. Y quedaba sitio para acoger temporalmente a algún recién llegado del pueblo en busca de trabajo.

Fui al Colegio Nacional que más cerca me quedaba, y en él formé pandilla con otros niños. ¿Y qué hacen las pandillas en el extrarradio? Pues arrasar huertas y frutales en sus correrías por los campos de alrededor, para desesperación de los payeses, que nos llegaron a odiar y temer más que a una tormenta de verano. También me hice monaguillo, pero no sé por qué. Tal vez fue mi padre, que quería apartarme de la calle, y a mí no me venía mal ganar algún dinerito, o por acompañar a algún amigo de la panda. No lo sé. Recuerdo las misas preconciarias en latín, con el cura dando la espalda a los asistentes, y nosotros respondíamos sin seguramente saber lo que estábamos diciendo. Era parte de la liturgia, o mejor, eso era la liturgia. Algunos de aquellos latinajos se me quedaron grabados en la memoria para siempre.

La iglesia era de reciente construcción, funcional, de barrio obrero. Pasaron por ella varios sacerdotes, pero ninguno duró. Demasiado jóvenes, demasiado tiernos. Uno, cuyo nombre he olvidado, traía con él un gran perro negro, pacífico y juguetón. Nos llevaba de excursión por los alrededores los domingos por la tarde y nos enseñaba canciones infantiles. Era muy popular, sobre todo entre la gente joven. Pero un día se marchó sin que nadie supiera la razón. Después se dijo que estaba liado con una joven del barrio y lo apartaron por eso, aunque tal vez fueran solo habladurías. En su lugar llegó un cura de mediana edad, grandullón, serio y con malas pulgas. Se llamaba Mosén Miguel y fue importante para mí en esa imprecisa etapa de formación que, desde la niñez, pasa por la adolescencia y llega hasta la primera juventud.

Mosén Miguel era contradictorio, hiperactivo, autoritario y de trato desagradable, pero también puntilloso y detallista. Sorprendente polifacético, su fuerte personalidad suscitaba atracción y rechazo a partes iguales. Paralelamente a su labor como párroco de nuestro barrio dirigía una academia nocturna de formación profesional, una de aquellas “escuelas del trabajo” que los obispos subvencionaban para instruir a los hijos de los

obreros, y había que escoger entre electricidad, mecánica o carpintería. Mi padre nos apuntó a mi hermano y a mí para que nos sacáramos el título de Oficial Industrial, convencido de que, ya que no podía pagarnos estudios superiores, al menos tendríamos un oficio con el que ganarnos la vida. Era una obsesión para él, simple peón en una fábrica.

Consecuentemente, a los catorce años entré en un taller para aprender un oficio, que por cierto nunca llegué a aprender. Después de las ocho horas de trabajo, tres más en la academia. Y los domingos y fiestas de guardar ayudando en la parroquia. En ese tiempo conocí a más curas, pero ninguno me marcó tanto como Mosén Miguel. Su ideología ultraconservadora, acorde con los tiempos del nacionalcatolicismo, parecía chocar con su defensa a ultranza de los derechos laborales de los muchachos de la academia, a los cuales asesoraba y por los que daba la cara frente a los abusos de nuestros jefes. Continuamente nos prevenía contra la perversión femenina, que solo buscaba nuestra perdición. Batalla perdida de antemano, claro. También recuerdo su insistencia en que entrara en el seminario. No sé que vería en mí para desear que fuera cura. Yo, siendo entonces creyente, no tenía la suficiente vocación como para acceder a su demanda.

Tras su apariencia de malo de película, en realidad Mosén Miguel era de lágrima fácil. Un sentimental que se conmovía cuando se le dispensaba una frase amable, un gesto, un detalle, como regalarle flores por su cumpleaños o si alguien le preguntaba por su padre, muerto en la guerra. Pero también capaz de sacar a empujones a un monaguillo de misa si no prestaba la debida atención.

Me gustaba oírle tocar el órgano eléctrico que había en la iglesia. Me parecía prodigioso algo aparentemente tan simple, y gracias a él me aficioné a la música. Los domingos por la mañana hacía sonar por los altavoces del campanario, ante de la misa de diez, piezas como “En el jardín de un monasterio” y “En un marcado persa”, para desesperación de los obreros que habían madrugado toda la semana. Se oía por todo el barrio, siempre las mismas, y supongo que acabarían odiando esa música, ya que protestar entonces no servía de nada. Pero a mí me parecía maravillosa, era algo nuevo y distinto de lo que oía en la radio. En la sacristía había un tocadiscos, todo un lujo para nosotros, y empecé a familiarizarme con algunas sinfonías de Beethoven o de Dvorak, lo único que teníamos. Pero suficiente para quedar enganchado a la música clásica de por vida.

Una vez al año Mosén Miguel organizaba una visita a una fábrica importante de Barcelona. Estuvimos, entre otras, en la SEAT y en la PEGASO. Eran excursiones que nos gustaban mucho, pues rompían la monotonía de nuestras vidas. Como hijos de obreros, predestinados a serlo nosotros también, qué mejor que visitar los grandes templos de la producción, donde tal vez algún día, con algo de suerte, encontraríamos trabajo y un futuro mejor. Admirados, contemplábamos la producción en cadena con la misma atención que otros prestarían a un cuadro colgado en un museo, sin parar de preguntar sobre cualquier aspecto que atrajera nuestra curiosidad. Y los encargados atendían pacientemente nuestros inocentes interrogatorios acerca de las maravillas que

las cadenas de montajes nos ofrecían, comparando las modernas maquinas con las antiguallas de nuestra academia.

Mucho antes de acabar la Oficialía, que duraba cuatro años, dejé de ayudar en misa los domingos. Poco después también dejé de ir a la iglesia y mi relación con Mosén Miguel se enfrió notablemente, no soportaba ya su carácter absorbente y su fuerte personalidad me provocaba rechazo. Pasé por una crisis personal que me hizo cuestionarme mis creencias religiosas. Intenté hablar con los curas y algunos adultos de mi confianza, en un intento por encontrar respuestas. Pero solo encontré frases hechas y muletillas estereotipadas, como “Muchacho, ten fe en nuestro Señor” o bien “Reza y confía en Dios”, así como rancios argumentos que no me convencían. La decisión de abandonar mis creencias fue sin duda la más difícil de mi vida, en soledad, en un ambiente hostil y lleno de dudas. Pero tiré para delante sin estar seguro de nada, sin saber donde estaba lo correcto, sin una ayuda, sin un consejo. Fueron tiempos duros para mí, en torno a 1970.

Cuando volví de la mili me enteré que Mosén Miguel había muerto de no sé qué extraña y rápida enfermedad. Era todavía un hombre joven, de algo más de sesenta años, y me costó creerlo. También supe que con él desapareció la academia. El obispo de turno debió valorar que la inversión no se correspondía con los resultados: demasiados obreros rojos. Es cierto que ya no manteníamos ningún contacto, pero me parecía ver su corpachón tan activo, dando órdenes en la academia, en la parroquia, y también tratando de organizarme la vida. Contradictorio hasta el final, me dijeron que se negó a ir a un hospital y ofreció su dolor y su vida como sacrificio a Dios. A su Dios.